

SI ME PREGUNTAS DE DONDE VENGO, DE TEODORO SANTANA: UNA POÉTICA VENCIDA POR EL AGUA

ALICIA LLARENA

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Hace más de diez años, en mayo de 1981, Luis León Barreto, coordinador de "Cartel de las letras", páginas culturales entrañables que dieron cita a numerosos escritores de las islas, se hizo cómplice y mecenas de algunos jóvenes de entonces, y divulgó el nacimiento de "Una nueva generación poética en Canarias"; así, tal como suena. El propósito no era, en realidad, tan ambicioso como pueda ahora sospecharse al través de esas palabras: se trataba, más bien, de provocar en los lectores insulares la curiosidad por la poesía reciente, por la escritura en general, acudiendo para ello a unos cuantos poetas que se iniciaban en esos años, y cuyo único punto en común fue el haberse conocido en los pasillos, o en las páginas, del Diario de Las Palmas. Lo cierto, para sorpresa de todos, es que los titulares en la prensa de aquellos días ("Una nueva generación de poetas está naciendo", "Hoy, cuatro nuevos poetas insulares", "la voz multiplicada") lograron llenar en dos ocasiones la sala del recién estrenado Club de Prensa Canaria y, agasajados por familiares, amigos, intelectuales y curiosos en general, los nuevos poetas se presentaron junto a sus versos. Uno de aquellos jóvenes era, precisamente, Teodoro Santana. Confieso que volver a reunirme hoy con la poesía de Teodoro Santana es algo especial: no es posible que olvide que en él tuve entonces a un guía poético, y a un permanente amigo. A través de sus poemas, muchos conocimos las vibraciones de Neruda, las posibilidades irracionales del lenguaje, los hallazgos de la vanguardia, el calor del

compromiso con la existencia y con la escritura, la alegría del experimentalismo, el brillo de las metáforas, las diferentes calidades lingüísticas del dolor y muchas otras cosas que bien podrían recordarse aquí, al hilo de los versos que escribió en aquella década. Luego, en fin, la vida puso distancia en sus versos, y lo creímos ya ausente.

Sin embargo, tras un largo silencio en la poesía insular, Teodoro Santana vuelve con una reunión poética en la cual conocemos al poeta que era, y al poeta que hoy es. Tal vez cualquier lector que no conozca la intensa y prolífica actividad lírica de Teo en aquellos días, se sorprenda del carácter heterogéneo de su libro. *Si me preguntas de donde vengo*, En él parecen convivir estilos delicados, y expresiones abruptas, destilaciones clásicas e inspiraciones vanguardistas, concisión conceptual y barroquismo lúdico, afectos amorosos y pasiones sociales, complicidades antiguas junto a guiños urbanos y modernos. Es cierto, éste es un libro donde conviven estilos y argumentos que en apariencia nada tienen que ver entre sí, porque es un libro que llega desde el tiempo, summa poética de todos los procesos líricos, acaso también espirituales, de su autor, una antología sobre sí mismo. Teo no tuvo hasta hoy la posibilidad de una edición individual, y de entre todos sus versos muchos fueron entregados a las páginas provisionales de la prensa, otros andan dormidos en antologías poéticas que nunca llegaron a editarse, y los más quedaron simplemente en la intimidad de sus cajones. El lengua-

je heterogéneo y plural de *Si me preguntas de donde vengo*, su primer libro, es por tanto casi un lenguaje necesario si se tiene en cuenta que en él se dan cita versos surgidos a lo largo de una década, y que en el fondo representan, por esa misma razón, distintos momentos del aprendizaje y la búsqueda poética del autor.

Para aquéllos que recuerden la poesía de Teo, no será difícil identificar los poemas que corresponden a su iniciación poética, aquéllos que surgen de un contacto extraño y profundo con el lenguaje, en ocasiones íntimo, a veces sobrecogedor: "algo abiertamente invencible y enemigo" -dice, "algo denso, unido, sentado en el fondo, / un extremo imperio de confusas unidades". Desde ese estremecimiento indecible del lenguaje, asediado por una realidad de algún modo nerudiana, el poeta contempla los signos de la desesperación social, y sus palabras se irritan como respuesta: "la misma Europa se espanta del monstruo que ha parido", "multitudes deshumanizadas", "espectros pendientes del Belcebú atómico", "machacamientos de encéfalos y cerebelos blanqueados", "hospitales", "ejércitos", "Hiroshima". No en vano, en algunos momentos el poeta se percibe a sí mismo como un mediador entre la realidad y la poesía, un hombre tomado por emociones líricas: "Ya siento la máquina de escribir estremeciéndose a cada verso, / cabellos que crecen hasta el nivel de los pozos artesanos de la sangre (...) Volveré a pasear con todos los verbos intransitivos desahuciados / bajo el brazo, / como un gato de pies deli-

cados deslizante y errático por las calles grises". Es significativa y curiosa esta última imagen, a medias entre la experiencia abrupta y la sencilla elegancia de un gato delicado. En cierta forma, la poesía de Teo camina muchas veces bajo ese doble impulso, y junto a "hormigas" o "maquinillas de afeitar", "huesos rotos", "despertadores pisoteados" o "deshechos" varios, se escapa un dejo de ternura, un lugar profundo para el amor; quizá esta suerte de poética se resume a sí misma en dos de sus versos, síntesis perfecta de esa lucha que, animada por el afecto, integra lo débil con lo fuerte: "nada hay en el mundo más débil que el agua -dice el poeta- pero no hay nada mejor para vencer a lo fuerte". Así, en medio de ese lenguaje perturbado, irracional, neurótico, desolado, futurista, onírico, visionario, o como quiera adjetivarse, los versos de Teodoro Santana dejaban ver a un tiempo ciertas calidades venidas desde lo más profundo, desde lo más humano, escondidas muchas veces tras las sombras de una mujer; a través de ella se eleva, regresa, se aferra o resucita: "Me levanto no obstante, me elevo entre todo,/ dejo atrás el espíritu estrecho y el agiotage de los abaceros/ y a tus labios me aferro, en tus labios resisto/, amor mío, amor mío/ hasta que amanezca de nuevo/ sobre las aceras mojadas", "Amada mía, señora mía, cuando yo de ti ausente/ a tu casa y a tus paredes por ásperos caminos haya vuelto,/ todo lo que perdí volverá con las aves, con el curso de la vida". Pero de entre todas estas destilaciones amorosas que emergen de un contexto muchas veces caótico u oscuro, hay una que recordamos con especial interés. Algunas veces la leyó Teo ante nosotros, y con voz serena de sus labios caían los versos de "Un traje de novia asesinada mojado por la lluvia", poema que entra en las galerías del alma con el

ritmo acompasado de una mujer calle abajo: "Fíjate bien en esa mujer que viene calle abajo./ No podrían extraérseles/ elementos grandiosos para hacer una epopeya/ y sin embargo/ cuántas cicatrices marcan su joven corazón,/ qué profundas ojeras recorren sus mejillas./ (...) qué profundos naufragios ha sobrevivido,/ qué tempestades de mentiras, de telarañas lúgubres,/ (...) Y cuando esa mujer llora/ no hay angustia comparable con sus ojos oprimidos". Así convive el amor con el experimentalismo, el dolor con los quiebros del lenguaje, la introspección psicológica y la poesía interior con una lengua rabiosa llevada a veces a una estridente intensidad.

La poesía más reciente de Teo, en cambio, es la misma y muy distinta. El agua, al parecer, ha ganado su combate con la fuerza, y ya no necesita manifestar sus emociones con espesura lingüística, ni beber de las distintas residencias de un Neruda. La última poesía de Teo satisface igualmente los distintos compromisos que siempre han inquietado a su extrema sensibilidad, pero ya no en un lenguaje que vomita a veces sobre sí mismo, sino en una lengua reposada, donde la claridad llega a ser sentimental, y apariencias sencillas e infantiles encierran el concepto: "Tras esta transparencia/ infantil/ se esconde/ la profundidad de un bosque/ en invierno", escribe, certificando así esta nueva etapa de su trayectoria lírica. Después de que la ausencia de Teo en las publicaciones literarias de las islas nos hiciera sospechar su renuncia a la escritura, regresa ahora para manifestarse en un producto depurado, sutil, de sí mismo, de su propia inspiración. A los que conocimos su lírica anterior, nos asombra este nuevo engranaje: la brevedad de sus versos, la concisión de su poesía, la sencillez de sus imágenes, la cotidianeidad de sus

expresiones, las emociones tenues, la profunda empatía social que no abusa del exceso y del lenguaje, incluso el amor loco que no se expresa en la locura o en la visión: si antes los deseos eran venas, arterias, sangre, circulación, capilares o cartílagos, ahora en cambio se forja en palabras que huyen de una corporalidad exacerbada para andar por parajes calmos e interiores, portadores sin embargo de la misma pasión, del mismo instinto sexual: "Como al final de una agonía", "Deseo" o "En noches de silencio" son poemas que bien podrían servir de ejemplo a los nuevos caminos de la sangre por los que transita su poesía. Pero esta nueva destilación lírica más sencilla en sus imágenes, no está reservada únicamente a la intimidad y al afecto; este libro es en verdad un "poema polifónico de amplio respiro social", como puede leerse en la nota de la contraportada, y sus inhalaciones colectivas y cotidianas no han desaparecido con las desnudas formas: "Compañero", "Testamento" o "El Hijo que me va a nacer" son nítidas sentencias de afirmación social en un lenguaje parco, elemental y sin embargo lírico: "El hijo que me va a nacer/ se está muriendo de hambre en Somalia,/ es palestino en Gaza o Cisjordania,/ es un senderista torturado en Lima,/ está cayendo alcanzado por la metralla en Sarajevo,/ esconde su piel en los suburbios de Soweto,/ se lo comen las ratas en Tailandia,/ lo matan en las calles de Brasilia,/ nunca aprenderá a leer en Guatemala/ y lo devora la fiebre en una barraca de Turquía.// Lo persiguen ferozmente en todas partes,/ pero en todas partes vive:/ a vivir viene a este planeta,/ a resistir como cada uno,/ y se alimenta bien y está bien cuidado/ cerrando el puño en el vientre de su madre". Nada hay en este texto que nos recuerde en apariencia al Teo de antaño, pero en

su fondo bullen las mismas emociones, el mismo compromiso, de quien siempre entendió el lenguaje como un respiradero, un pulmón abierto y sensitivo a todos los matices del espectro social. Quizá la heterogeneidad del libro hiciera necesario un análisis exhaustivo y pormenorizado de todos sus personajes, y aún de todos sus registros, pero será evidente desde la primera lectura de esta reunión poética que

los lectores podrán satisfacer en él multitud de expectativas. La primera de ellas, claro está, es la de ver recopiladas por vez primera las composiciones líricas del poeta; la segunda, la posibilidad de identificarnos con muchos de los individuos o sujetos líricos que viven en el libro; la tercera, la de acceder a un lenguaje plural que determina desde esa variedad misma los recovecos -oscuros o

evidentes- de una realidad también plural. Si, como nos indica el título, alguna vez nos preguntáramos de dónde viene Teo, quizá podríamos responder que nos llega del tiempo, y que vuelve, como sus versos, “para los que duermen, para los que no saben leer,/ para el amenazado, el que no tiene salida./ Para mi amante enamorada que me espera./ Para todos vuelvo”.